

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la imprenta de Meliton Suñer; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

Un literato.

(Conclusion.)

Es, además, circunstancia precisa la de que el literato, esto es, el que quiera pasar plaza de tal, esté todo el día á vueltas con su literatura, de modo, que á cada paso intercale en la conversacion multitud de ejemplos sacados de obras de su propia cosecha, recordándoles con esto á los que ya lo saben, y haciéndoselo saber á los que lo ignoran, que él es uno de esos seres privilegiados que tienen la elevada mision de ilustrar á la sociedad. Así pues, en cualquiera materia de que se trate, ha de meter su cuarto á espadas, diciendo: « Semejante defecto lo salvé perfectamente en la novelita tal: sobre este asunto tengo escrita una memoria muy estensa y luminosa: en un opúsculo que escribí tiempo atrás demostré palpablemente al Gobierno los inconvenientes de este sistema: sobre este particular he publicado una brillante série de artículos. »

— En una palabra, el literato no se ha de olvidar nunca de sí mismo, rebajándose, empero, con fingida modestia cuando los otros le admiran, y ensalzándose con petu-

lante jactancia cuando no le escuchan ó le oyen con indiferencia. — También conviene que haga saber á todo el mundo la satisfactoria circunstancia de que se halla en correspondencia continua con los directores de la mayor parte de los periódicos mas acreditados, ponderando el empeño con que todos ellos se disputan la adquisicion de sus lindas producciones. Tales son los medios con que el hombre que quiera que le tengan en algo, puede ir dilatando el círculo de su reputacion literaria, y si es que le place darle aun mayor ensanche, no tiene mas que traducir y publicar toda clase de anécdotas y novelitas francesas que caigan en sus manos, omitiendo, al darlas á luz, el nombre de sus respectivos autores, para que pasen entre el vulgo como si fuesen originales. Si por casualidad el demonio tira de la manta y descubre el pastel despues de publicadas algunas entregas, entonces en la última se *subsana en parte esta falta*, poniendo al lado de la firma « *extractado del italiano*; » con lo cual se hace quedar feo al denunciador, y el público, que no se cura de indagar la verdad, entra en conocimiento de que el extractador es persona que posee mucha lengua. Hay otro medio aun...

—Pues como no sea ya el de coger á un autor y copiarlo ecsactamente al pié de la letra....

—Ecsactamente al pié de la letra, no; pero sí, una cosa que sea muy parecida. Es menester que haga algunas ligeras variantes: la conciencia y el decoro las reclaman, y no hay escape; es necesario hacerlas, siquiera para desmentir á los que se meten en lo que no les importa. Desde luego ha de haber variacion en el título, si bien subordinándola enteramente á la idea que espresa el original. Suponte por un momento que quiero apropiarme el texto de un discurso histórico filosófico de algun autor *poco* conocido, y suponte igualmente que el tal discurso lleva el belicoso epígrafe de *Defensa de las mugeres*; ahora bien ¿qué es lo que piensas que haria yo en tal caso? le daria á este título otra forma ménos militar y mas modesta, poniendo, *Ligero estudio á favor del bello sexo*; y he aquí una variacion concienzuda, con la cual, en cambio de una gran mentira, le regalaria al público una verdad bien manifiesta, pues nada mas verdadero, ciertamente, que la *ligereza del estudio*, esto es, el *ligero* trabajo que me habria costado la confeccion de semejante artículo, porque en cuanto á las variantes del texto, ni estas serian muy numerosas, ni se apartarian tampoco mucho de la literal construccion del original. Alguna anteposicion; tal cual cambio de palabras; una interrogacion en vez de una sentencia afirmativa; amen de alguno que otro corte ó salto dado en obsequio de la brevedad, estas son las únicas modificaciones que yo me permitiria, pues por lo demás no abandonaria un punto el fondo ni la misma forma del original que tuviese á la vista. He aquí, sino un bello modelo, único en su clase, que puede servir de imitacion á todo el que quiera dedi-

carse á este nuevo género de literatura.—

Hasta aquí llegó el discurso de mi sobrino, hubo un momento de silencio; pareció que hojeaban papeles, y solo en confuso pude oir estas ininteligibles palabras:—«igualdad perfecta.... atrevimiento inaudito.... hurto literario».... No pude permanecer quieto; la curiosidad me picó, y me metí en la habitacion donde se hallaban los dos amigos. Estos no se apercibieron de mi presencia, y así, pude á mi sabor ver por un momento que andaban á vueltas con un autor muy *poco conocido*, con el P. Feijóo, esto es, con el tomo 1.º de su *Teatro crítico*, y que estaban confrontando el texto del discurso XVI con el contenido de no sé que artículo, inserto, si mal no me acuerdo, en el n.º 426 de LA ILUSTRACION de Madrid y en los números 6 y dos siguientes de LA FLORESTA de Barcelona. Enterado de lo de que se tratataba, moví un poco de ruido para hacerme visible, y encarándome con mi sobrino le dije:

—Oiga V. señor Periquillo ¿es este el modo con qué logran distinguirse algunos literatos?

—Así es, querido tio, me contestó con mucha sangre fria.

—Con que dices que para ganar fama por esta parte, basta formar extractitos, hacer traducciones y sacar copias....

—Sobre todo copias, y copias de cuya ecsactitud pueda dar testimonio un escribano.

—Pues entonces, si tan poco cuesta ser literato, ¿qué hace V. alma de cántaro, dije volviéndome al compañero de mi sobrino, qué hace V. que no se pone á copiar el Gil Blas ó el D. Quijote, que tambien son libros poco conocidos, ya que no se vea V. con alma para extraer algun tratadito de geografía, ó para traducir cualquiera novelita de L' ECHO-DES-FULLETONS? Vamos,

vamos, anímese V. y pecho al agua; que el porvenir es suyo, si sabe V. salvar esa valla de modestia y pueril aprension que le detiene. Y sino, tome V. ejemplo de mí, que sin haber tomado la pluma en mi vida para cosas semejantes voy á meterme de rondon tambien en el gremio de los sabios, empezando mi *debut* por dar copia de la conversacion que han tenido V. y ese perillan.

Dicho esto me salí de la estancia, tomé la pluma, hice estos cuatro garabatos, los dí á la imprenta, y he aquí por qué regla de tres, al fin de mis años y cuando menos pensaba se halla hecho todo un literato, como su sobrino,

El Tío.

A mis hijos.

Pura es la edad infantil
Como el cáliz de la rosa,
Como la aurora de abril
Perfumada, deliciosa.

Silfides airoas vuelan
Niños, sobre vuestras frentes,
Y hadas misteriosas velan
Vuestros juegos inocentes.

Da gusto veros correr
Por vega de hermosas flores,
De placer á otro placer
Ajenos de sinsabores.

Da gusto veros dormir,
Y entonces de vez en cuando
En las tinieblas sonreir
En vuestros juegos soñando.

El reposo; ¿quién lo altera,
Vuestro párpado cerrado,
En la blanda primavera,
En el invierno nevado?

Con gorgeos, trinos suaves
Vuestros venturosos sueños
Arrullan pintadas aves,
Y os desperezais risueños.

Ora en círculo sentados
En la mullida pradera,
Escuchais embelesados
Los cuentos de la casera:

Ora en tanto ella reposa,
Vais corriendo con ardor
Tras la esquiva mariposa

Que vuela de flor en flor.

O sacais entretenidos,
Por variar de diversion,
De juguetes escogidos
Caprichosa coleccion.

Y nada os da que pensar
Al lucir nuevas auroras;
Qué en dormir, comer, holgar
Corren siempre vuestras horas.

Mas no siempre correrán
Vuestros dias así buenos,
Que los nublos ¡ay! vendrán
Tras de los dias serenos.

Y como tranquila mar
Se agita y pierde la calma,
Así vereis zozobrar
En negros dias el alma.

Para entonces yo quisiera,
Hoy que divertiros dejo
En la tierna edad primera,
Escribir algun consejo.

Cuando alumbre la razon
Vuestro claro entendimiento,
¡Oh! vereis cual otras son
Las obras del pensamiento.

Es un valle erial el mundo,
Do en noche oscura vagando
Al pié de abismo profundo
El hombre va caminando.

Es Dios el faro esplendente
Que en las tinieblas le guia;
Feliz él mientras creyente
De su amor no desconfia.

Será lo que debe ser,
Y tendrá justo renombre,
Mientras cumpla su deber
Al cruzar la tierra el hombre.

Imágen de Dios, no olvide
Que el Señor del firmamento
En todas partes reside
Leyendo su pensamiento.

De encubiertos libro bebe
Un veneno en la lectura,
Y cauto al hallarlos, debe
Tirarlos como basura.

En su loco desvarío
Quisiera hallar el no ser
El materialista impío,
Y en el alma ha de creer;

Que como ella ratiocina
Por don sobrenatural
Destello de luz divina,
Debe ser ella inmortal.

En vano porfiado lidia
Apurando su talento:
Siempre, siempre le fastidia
El mismo duro argumento.

En el fondo de la tumba
Vé la puerta de otra vida,
Y el eco que allá retumba

A su pesar le intimida.
 Porque día ha de venir
 En que pase aquella puerta;
 Y ¡ay del hombre que al morir
 Tiene la esperanza muerta!

Pecador verá empezar
 Ante un juez severo, justo,
 Largos siglos de pesar
 Tras horas de fútil gusto.

De absurdas filosofías,
 Hijos, rechazad constantes
 Esas vagas teorías
 Cual sútiles degradantes.

Si contriste el corazón
 De amargura algún momento,
 Rogad á Dios; la oración
 Templará vuestro tormento.

No os haga mella el sarcasmo
 De tanto orgulloso necio:
 Para Dios el entusiasmo,
 Para ellos el desprecio.

A quien es, cual debe, urbano
 Y de recto corazón,
 Le inspira veneración
 La presencia del anciano.

Indigno se hace de amor,
 Nunca lo deis al olvido,
 Quien no trata al superior
 Con el respeto debido.

Cuando hablen ellos, procure
 Atento y sumiso oírles:
 Jamás sus actos censure,
 Ni trate de deprimirles.

En el mundo inconsecuente
 Es la amistad un tesoro,
 Que vale infinitamente
 En la vida mas que el oro.

Mas huid la compañía
 Del jóven, que á la virtud
 Anteponiendo la orjía,
 Pierde en ella la salud.

Si de letras la carrera
 Seguis, el tiempo es precioso:
 No lo perdais, honra espera
 Al alumno victorioso.

Mas como siempre estudiar
 No deja de ser molesto,
 En ciertas horas buscar
 Bien podeis placer honesto.

Miraréis de reojo el juego,
 Que germen de vicios es,
 Ni tendréis dañoso apego
 A los teatros y cafés.

De talle esbelto, gentil
 Mugerres encantadoras
 Hacen un comercio vil
 De sus gracias seductoras.

Sirenas de dulce canto.....
 No escuchéis su melodía,
 Que un momento de alegría

Se trueca en horas de llanto.

Cuando sintiereis latir
 De una niña el corazón,
 Guárdaos bien de fingir
 Una sórdida pasión.

Si el vuestro late también,
 Pudiendo hacerla dichosa,
 Corona de amor la sien
 Ciña de adorada esposa.

Amadla con la ternura
 Que de vosotros espera
 Aquella linda criatura
 Que os dá Dios por compañera.

Los lazos de otra cadena
 Jamás rompáis atrevidos,
 Buscando en muger ajena
 Amores no permitidos.

Es de suprema importancia
 De un estado la elección:
 Meditadlo con constancia,
 Y el que dicte el corazón

Seguid sin volver atrás;
 Pues que en todos vamos viendo
 Que llorando menos, mas,
 La vida se vá corriendo.

Con oropel y barniz
 Es la vida barro y lodo,
 Y es en ella mas feliz
 Quien ama á Dios sobre todo.

Sin orgullo en la opulencia,
 En la desgracia sufridos,
 Tened limpia la conciencia,
 Y sereis siempre queridos.

La fé de vuestros pasados
 En el alma guardad pura:
 Sed prudentes, sed honrados,
 Y esperad mayor ventura.

Hay sinsabores y gustos
 En la vida; hay otra gloria;
 En ella viven los justos,
 No lo olvide la memoria.

José Blauwart y Camps.

La Granadina.

Por H. N. (1)

Dos años despues de la conquista de Granada, la infanta D.^a Juana contrajo matrimonio con Felipe archiduque de Austria, hijo de Macsimiliano, Emperador de Alemania. An-

(1) Véase el número 14.

tes de partir la princesa para los Países-Bajos, en los que debía celebrarse su casamiento, la reina Isabel llamó á Topacio y le dijo: Quieres casarte tú también hija mía? A esta proposición tan inesperada Topacio palideció y se turbó por un momento; mas recobrando muy luego la serenidad, contestó con voz segura: no Señora.—Por qué? dijo Isabel admirada de esta negativa.—Porque sería preciso separarme de mi hermana Juana.—Nada de esto; el marido que te propongo es uno de los caballeros de la corte de la infanta.—No importa, debería compartir el amor entre mi hermana y mi esposo, y el corazón de Topacio pertenece por completo á D.^a Juana.

A estas palabras la Reina Isabel profundamente conmovida, estrechó á la joven mora sobre su corazón y la besó la frente.

Topacio dejó á España para acompañar á la infanta.

Al separarse la Reina Isabel de su hija, le dijo: Sed siempre para Topacio una buena hermana y un ama indulgente: pocos príncipes han tenido la buena fortuna de inspirar afecciones parecidas á la que siente por vos. Tal vez algún día necesitareis de ella.

Estas palabras eran proféticas.

D.^a Juana se casó con el archiduque Felipe; á los dos años dió á luz un niño que mas tarde se llamó Carlos V. Dotada la infanta de un carácter afectuoso y tierno, amaba exclusivamente á su esposo; al ser madre se olvidó de todas las afecciones de joven, y cuasi también de la que sintiera por Topacio. Esto afectó profundamente á la mora; pero devoró interiormente su pena, sin que en su rostro se notase la menor señal, y lejos de entibiarse su amor, que rayaba en fanatismo, tomó por el contrario mayores creces. Para consolarse se decia á sí misma: cuando lleguen los dias de prueba, entonces la infanta se acordará de su hermana. Estos dias no se hicieron esperar mucho tiempo. Vivo y ligero Felipe, correspondía mal al cariño de su muger. Entonces esta buscó una compensación en la

sonrisa y caricias de su hijo, pero su amor maternal experimentó una decepción mas cruel que todas las otras. El niño no reía nunca, y cuando su madre le abrazaba, se quedaba impassible y serio. Dejaba entrever ya el germen de ese carácter impenetrable y concentrado, que debía hacer de él un dia el mas grande político y el príncipe mas poderoso de la cristiandad.

Obligada á concentrarse en sí misma el alma expansiva de la joven archiduquesa, se dobló como una flor que le marchita el frio en el instante mismo en que empieza á abrirse. Dominada por una triste melancolía, de la cual nada era capaz de sacarla, pasaba dias enteros sentada en un sillón; sus ojos apagados erraban perdidos en el espacio, y si alguna vez brillaba en ellos un rayo de inteligencia, se notaba en su mirada cierta cosa tan particular, que hacia concebir serios temores por su razón.

Topacio entonces se dijo á sí misma: ha llegado mi vez; y á la par que compartir el dolor de D.^a Juana, experimentaba en el fondo de su corazón cierta alegría al ver su abandono. Olvidada de los otros, solo á mí me pertenece, pensaba ella. Un amor apasionado como el que tenia Topacio á la infanta, siempre es un poco egoísta: explique quien pueda este contraste; lo cierto es que existe, sin que por esto pierda nada de su nobleza el sentimiento que lo hace nacer.

Era preciso distraer á D.^a Juana de las tristes preocupaciones que la atormentaban; hacerla olvidar su situación presente; trasportar su imaginación á los tiempos mas felices de su niñez, y refrescar su seco corazón en las fuentes de los dulces recuerdos, de las suaves emociones del pasado. Para ello Topacio hallaba mil inspiraciones á cual mas ingeniosas y delicadas. Un dia se presentaba á la infanta vestida con el traje morisco que llevaba en Granada: le contaba algun romance del tiempo del Cid, ó bien alguna canción sarracena en las que la imaginación ecstasiada de D.^a Juana hallaba antes tantos encan-

tos; y así bajo la mágica influencia de esa poesía familiar, le presentaba á la imaginación de la pobre enferma el recuerdo de los hermosos tiempos de su infancia. Todo el cortejo de las gratas ilusiones que sintiera en su juventud, desfilaba delante de sus ojos enternecidos. Ni una sola dejaba de ocupar su lugar. Todas brillaban como cuando las sintiera por primera vez. Olvidaba en aquellos gratos momentos el obscuro y frío cielo de Holanda, y solo veía á su querida España, el país del cielo azul y sol brillante, el país del entusiasmo y de la poesía; volvía á sus quince años, hacía su entrada triunfal en Granada, y la Alhambra desplegaba delante de sus deslumbrados ojos, las maravillosas riquezas de su encantadora arquitectura. Otras veces Topacio improvisaba como la sultana Seheherazade de las mil y una noche, alguno de los cuentos fantásticos, que tan fácilmente concibe la imaginación oriental, y que describe con tan brillantes rasgos de poesía.

(Se concluirá.)

M. B.

Las parábolas del divino Maestro.

Locura de las riquezas.

Reprobando Jesús nuestra avaricia, con un ejemplo práctico la expone en aquel rico, cuya gran delicia

le hace que ansioso de tener blasones.

Lo que al humano género mas vacía,

lo que á su fé y á su piedad se opone,

lo que al género humano, en fin, condena,

es la avaricia atroz que le encadena.

«¿En dónde encerraré tanta cosecha,

que no es dado abarcar á mis graneros?»

«Come alma mia y bebe satisfecha

«y engorda largos años placenteros.»

Así un rico mortal sus cuentos echa,

formando mil designios lisongeros:

miserable de tí, (voz triste grita),

porque esta noche el alma se te quita!

¿Y qué podrás hacer de la riqueza

en inmensos graneros apiñada?

Todo rico que pierde la cabeza

si se aplique la lección sagrada.

No adquiridos con dolo, ni impureza, eran los bienes del que vió negada su esperanza de dicha.... y sin embargo, le sorprendiera el desengaño amargo!

Riquezas de virtudes acopiemos que se puedan llevar cuando muramos, y allá imperecederas disfrutemos donde á Jesús por siempre bendigamos. Que si los bienes desdeñar sabemos, que si de buenas obras nos cargamos, llevará el alma, en término preciso, flores de santidad al paraíso.

La granja de Kikellny.

Por A. Jadin.

(Continuación.)

Inquieto por nosotras, mi marido trató de ponernos al abrigo de la efervescencia que todos los días iba tomando mayores creces, y queriéndome evitar el espectáculo de tantas calamidades, nos hizo partir en secreto para este país, quedándose él en el puesto donde le llamaba su deber y su honor; cerca del Rey, que en su doble cualidad de Gentil-hombre y oficial debía proteger y defender. Yo tenía en mucho su dignidad para oponerme á su resolución; y además esperaba que aquellos trastornos no durarian mucho tiempo, y que la bondad del Rey y las gracias y hermosura de la Reina desarmarian á sus verdugos.

Las cartas que recibía de mi marido en un principio, me consolaron; eran tan firmes, tan afectuosas, me hablaba con tanta confianza de un porvenir mejor, me hacía una pintura tan hermosa de la felicidad que nos esperaba, que creí en esta felicidad; porque el corazón humano es así: cree muy fácilmente lo que desea. Esperaba con paciencia que llegase el momento feliz de reunirnos, y no recibiendo de Francia otras noticias que las que me daba mi esposo en sus cartas, dedicaba todos mis cuidados á mi dulce Amelia. Tal vez comprenderá V. señora que gozo experimentaba, haciéndole juntar sus

manecitas y rogar á Dios por su padre, meciéndola, y cantándole la antigua canción bretona que él me había enseñado. ¡ Ah señora, estos placeres son tan dulces que compadezco con todo mi corazón á los que no los conocen!

Mas un día llegó el correo de Francia y no recibí cartas: esperé, y los días siguientes se pasaron con el mismo silencio y la misma inquietud. Entonces me asaltaron los temores que al fin debían, ¡ ay! convertirse en terrible realidad. Pregunté á algunos emigrados que habían conocido á mi marido y que estaban al corriente de lo que ocurría en Francia, y por ellos supe todas las desgracias que afligían á nuestra infeliz patria; la cautividad del Rey, me hizo presentir la de mi esposo; el asesinato del Rey Luis XVI me hizo saber que había quedado viuda; porque el fiel soldado del príncipe que no pudo salvarle, debió morir con él. Supe luego por los papeles públicos, que en efecto mi noble esposo, había pagado con la vida, su adhesión á su desventurado monarca! El infortunio esclarece las ideas de sus víctimas: aunque muy joven, comprendí la sagrada obligación que era preciso cumplir y lo que debía á la memoria del padre y de la niña, de la que era el único apoyo. Toda mi familia había sido arrastrada por la tormenta revolucionaria, y de aquella grande fortuna que hubiera hecho de mi hija uno de los mejores partidos de Francia, no me quedaba mas que algunos diamantes. Hice frente á mi desgracia, la miré cara á cara, y no retrocedí al verla. Renuncié al mundo, á sus placeres, á su lujo; me revestí de valor, y concentré todas mis fuerzas en el único objeto que me ligaba á esta vida, en mi hija. Vendí los diamantes, y con su precio compré esta granja, Oculté mi nombre y mi rango; me hice arrendadora. Quise después de haber procurado el bienestar de mi hija, haciendo productivo lo poco que nos quedaba, cuidar de su educación. No debe una madre ser la guardiana de la cuna de su hi-

ja? No debe ser su guía al presentarse en el mundo? La primera voz que llegue á sus oídos, de la que se hace naturalmente el eco, no debe ser la de su madre? El primer sentimiento que anima su corazón, la primera idea que despierte su inteligencia, no deben siempre venir de aquella que Dios ha colocado á su lado, no tan solo para desarrollar sus facultades físicas, sino también las morales? Y cuando mas tarde es preciso dirigir esa naturaleza naciente, quién mejor puede hacerlo que una madre? Los niños desconfían algunas veces de la enseñanza que le dá el maestro que se le señala, porque la creen interesada; pero no desconfían jamás de la que reciben de su madre, porque se la dá mezclada de besos, de caricias, de lágrimas y de sonrisas: porque viene de lo que hay de mas dulce en el mundo, de un amor casto y santo!....

Dispense V. señora si entro en estos detalles que solo tienen interés para mí.

—Continúe V. señora, se lo suplico, y no dude V. que es muy grande el placer y admiración que siento al escucharla.

—Nada hay sin embargo mas sencillo y uniforme que la vida que llevamos: en el campo soy arrendadora, vigilo y ayudo á los trabajadores. Aquí soy madre y maestra. Todo lo que yo aprendí siendo niña y joven, lo enseñé á mi hija, y debo decir en su obsequio, que jamás discípula alguna fué mas dócil y mas inteligente, de modo que sus progresos me admiran á mí misma...

—Permítame V. señora, dijo Amelia que acabe esta relación. Mamá dice que mis progresos la sorprenden; si supiera V. señorita con que claridad, paciencia y dulzura esa buena madre me explica lo que me quiere hacer comprender! Si supiera V. con que arte hace desaparecer las dificultades del estudio, y su talento logra hacer que el trabajo se convierta en placer: oh! si supiera V. todo esto no se admiraría sin duda de mis progresos, sino al contrario de que no haya progresado mas, y se convencería de

que no soy digna discípula de tal preceptora.
—Callaos, adúladora, contestó la madre de Amelia, abrazándola; y ya que esta señora ha tenido la bondad de volver á vernos, enseñadle vuestros trabajos, y rogadle que sea indulgente.

M. B.

(Se continuará.)

Crónica teatral.

Desde nuestra última revista al momento en que escribimos la presente, se han hecho solo tres funciones en nuestro teatro.

En la primera que corresponde al domingo, se puso en escena el drama *El Rey y el Aventurero*, drama en que cada uno de sus cinco actos es una pieza separada, si bien con íntima conexión entre todos: en cada acto hay su enredo y desenlace particular. En su conjunto hay situaciones muy interesantes, y otras demasiado grotescas, especialmente en el segundo y tercer actos. En su ejecución los que salieron mas airosos fueron los señores Vilardebó y Arquer, y las señoras Massa y Cuello.

Sin embargo, hubo en ella algunos descuidos que á no saber que no tuvo la culpa de ellos el Sr. director de escena, se los hubiésemos achacado. Esperamos que otro día no sucederá.

En la función del martes se representaron tres piezas, tituladas, la primera *Mancho, piso y quemo* que no la vimos; la segunda, *Un huésped del otro mundo*, que es un bonito juguete, y bastante bien versificado, y cuyo desempeño salió regularmente por cuantos tomaron parte en él; y la tercera, *Alza y baja*, la cual es una hermosa producción, llena de interés y de efectos escénicos.

En su ejecución estuvieron bastante bien los que tomaron parte en ella, especialmente la señora Massa y la señorita Cuello, la cual, bien caracterizada, supo representar su papel de fingido lacayo, cambiando la vez y las maneras.

El jueves se puso en escena *El tejado de vidrio*, drama en cuatro actos y en verso de D. Adelardo Lopez de Ayala. Esta producción, si bien hay de vez en cuando alguna idea de las que se ha dado en llamarlas *verdes*, es altamente moral y encierra pensamientos brillantes. Su argumento ofrece interés, y es una lección que no debiera pasar desapercibida por algunos maridos y jóvenes calaveras, cuyos principales triunfos consisten en los lazos que han tendido á la virtud y al honor. En suma, es un buen drama, y tal vez lo fuera mas en nuestro concepto, si el autor hubiese podido encerrar la acción en solos tres actos, dándole mayor animación y mas energía á alguno de los caracteres, como al de Dolores. La versificación es muy armoniosa y sumamente fácil, así como hallamos mucha naturalidad en el diálogo.

En cuanto á la ejecución, el Sr. Vilardebó tuvo momentos felices, desempeñando con bastante acierto el papel que tomó á su cargo. La señora Massa, en el de Julia, estuvo generalmente bien. La señorita Cuello, no estuvo mal en el de Dolores, así como no lo estuvo tampoco en el suyo el Sr. Guerra. El Sr. Estrella, por su parte, hubiese estado mejor en su papel de Carlos, si no fuese el vicio que tiene de pronunciar generalmente con cierta cantinela los versos. Procure evitarlo y estamos seguros que gustará mas.

Hermógenes.

Director. D. FRANCISCO P. VARELA.